El cuarto de las llaves suaves

Shyvirelle

El hotel Arce cerraría para siempre al amanecer. En recepción quedaban una lámpara encendida, diecisiete llaves de latón y una caja de cartón donde Nuria había guardado los formularios que nadie volvería a usar. El ascensor estaba parado desde el martes. Fuera, una máquina excavadora esperaba al otro lado de la verja.

A las once y cuarenta entró un hombre con un abrigo oscuro. No llevaba maleta, paraguas ni el cansancio de quien hubiera hecho un viaje.

—Quiero una habitación —dijo.

Nuria señaló el cartel de cierre.

—Ya no aceptamos huéspedes.

—Solo necesito una puerta libre.

Puso sobre el mostrador una llave del color de la cera de una vela. La parte dentada se dobló bajo su dedo y recuperó la forma lentamente.

—Debe de haberse derretido —comentó Nuria.

—No se derrite. Escucha.

El hombre deslizó la llave hasta el borde del libro de registro. Preguntó por el turno de noche, por los trabajadores que faltaban, por las habitaciones clausuradas. Cuando Nuria quiso devolverle el objeto, él cerró la mano alrededor de este.

—¿Qué te da miedo encontrar al otro lado de una puerta?

—Que haya alguien que no debería estar ahí —respondió ella, sin tocar la llave.

El hombre sonrió como si hubiera recibido una respuesta insuficiente. Pidió ver al vigilante.

Mateo estaba abajo, revisando por última vez el sótano. Subió irritado, con una linterna y la chaqueta abierta.

—Otra visita que llega tarde —murmuró.

—Enséñele la llave —pidió el hombre—. Dígame si puede hacer otra igual.

Mateo la tomó entre dos dedos.

—Esto parece jabón.

—¿Y lo que más temería oír en un pasillo vacío?

—Pasos mojados detrás de mí. De esos que no se acercan, aunque camines horas.

La llave se curvó. Nuria vio que su punta dejaba de parecerse a un diente y adquiría la forma de una suela pequeña. Mateo la soltó con un insulto.

En el segundo piso sonó el timbre de servicio de la habitación 204.

—Imposible —dijo Nuria—. Desconecté ese timbre esta mañana.

Consultó el registro. La 204 estaba vacía desde hacía una semana. Subieron por la escalera. Ante la puerta había un camino de huellas húmedas que empezaba en la alfombra y terminaba allí mismo. Al fondo del pasillo se oyó un paso. Después otro. Ninguno parecía avanzar.

Mateo retrocedió antes que ella.

—No le abra —susurró.

Nuria apoyó la oreja en la madera. Escuchó pasos sobre baldosas que no existían en aquella habitación. Golpeó suavemente.

—¿Hay alguien?

Los pasos se detuvieron al otro lado, justo donde estaría su rostro si hubiera una persona inclinada hacia la cerradura.

Bajaron sin mirar atrás. El hombre seguía esperando frente al libro de registro. Ya no tenía la llave.

—La perdí —dijo—. Estas cosas pasan cuando uno hace preguntas.

—No estaba en su mano cuando subimos —replicó Nuria.

El huésped miró hacia la escalera y fingió sorpresa al oír tres pisadas húmedas, separadas por el mismo intervalo.

A medianoche, Clara, la última camarera de pisos, llegó para recoger su abrigo. Vio la cara de Mateo y les contó lo ocurrido por la tarde. El desconocido la había abordado en el aparcamiento mientras ella sacaba los artículos de limpieza. Le había puesto una llave tibia en la palma y preguntado qué no soportaría escuchar en una habitación cerrada.

—Le dije una tontería —confesó—. La voz de mi madre llamándome desde la bañera. Mi madre murió hace nueve años.

—¿Qué hizo la llave?

—Se quedó tan blanda que se me pegó a la mano.

La habitación 106 había empezado a recibir llamadas del teléfono interior esa misma tarde. Nuria abrió el registro: nadie figuraba allí. Tampoco en la 204. Una línea en la página mostraba la marca de una uña donde el desconocido había apoyado el dedo, como si hubiera contado dos plazas ocupadas.

Nuria recordó otra conversación. Por la mañana, mientras ella retiraba los carteles de salida, él había estado en el vestíbulo. Le pareció un proveedor de los obreros. Había preguntado por las habitaciones vacías, por la gente que trabajaba sola y por la distancia desde la recepción hasta la calle. Nunca por las tarifas.

—No busca dormir —dijo—. Está repartiendo algo.

Desde la escalera llegó la voz de una mujer: «Clara, ven». Clara dejó caer su abrigo. Mateo cerró la puerta del sótano con llave, aunque la llamada procedía del primer piso.

—No son huéspedes —dijo Nuria—. Son lo que ustedes dijeron cuando tenían esa cosa en la mano.

El hombre golpeó una vez el mostrador con un nudillo.

—Es más cómodo decirlo así. Toda casa tiene sitio para lo que sus habitantes callan. Yo solo ayudo a darle número.

—Y después se marcha.

—Cuando lleno las tres habitaciones que vine a buscar, puedo llevarme lo que guardan.

Nuria examinó el tablero. Había diecisiete llaves de latón y, detrás, un gancho sin número. Lo recordaba vacío desde que empezó a trabajar allí. Sin embargo, aquella mañana había visto en ese gancho la llave pálida y la había recogido para preguntarle al hombre de dónde la había sacado.

Le vino a la memoria su propia frase. Había sostenido el objeto entre el pulgar y el índice, mirado el muro liso junto a recepción y dicho: «Me da miedo que, cuando cerremos, aparezca una puerta donde nunca hubo ninguna».

La había dicho riéndose. La llave había cedido bajo su mano como masa de pan.

—Queda una puerta —murmuró.

El hombre enderezó la espalda.

—Necesito que termine la entrevista. Su miedo de verdad. El que está evitando decir.

Nuria comprendió la diferencia: no bastaba con una confesión cualquiera. La llave tomaba la forma del último miedo expresado en voz alta por quien la sostenía y lo alojaba detrás de una puerta disponible. El huésped había hecho que Mateo y Clara describieran los suyos. Con Nuria no había completado la pregunta. Ella ya había descrito un miedo, pequeño y absurdo; ese miedo, por sí solo, había reservado un lugar que nadie podía localizar todavía.

Si volvía a hablar con la llave en la mano, aquello detrás de la última puerta cambiaría. Y el hombre sabría exactamente dónde buscar una salida.

—No tiene derecho a entrevistar a nadie —dijo, manteniendo las manos abiertas sobre el mostrador.

El hombre señaló la llave, que estaba ahora sobre la página de la 204, aunque Nuria no la había visto volver. Tenía una hendidura semejante a la huella de una bota.

—Le costará más cerrar así. Uno de sus empleados oye pasos que no terminan. La otra oye una voz que jamás va a contestarle. Si me ayuda, todo quedará detrás de una sola puerta.

Nuria miró a Clara. La mujer se secaba las lágrimas sin apartar los ojos de la escalera. Mateo tenía la linterna apagada; no quería ver qué caminaba al otro lado.

—Salgan por la entrada principal —les ordenó—. Sin responder a ninguna llamada. Si una puerta parece nueva, no la toquen.

—¿Y tú? —preguntó Mateo.

—Tengo que cerrar el registro.

Los vio cruzar el vestíbulo y empujar la puerta de cristal. En cuanto estuvieron fuera, echó el cerrojo desde dentro. El hombre se quedó inmóvil. Ahora escuchaban tres ruidos distintos: las pisadas que no llegaban, una mujer llamando desde una bañera y, muy cerca, un pomo que giraba despacio en una pared lisa.

Nuria abrió el libro por la última página. Colocó la llave blanda entre las hojas, como una flor que se prensa, y cerró con toda su fuerza. La cera dejó una marca, pero no escapó. Encima escribió con tinta: «Hotel cerrado. No quedan habitaciones disponibles».

—Me falta una respuesta —dijo el huésped.

—Le faltará siempre.

Se guardó el registro bajo el brazo, abrió la salida de emergencia que daba a la calle y accionó el cierre exterior. Afuera amanecía sobre el asfalto mojado. Mateo y Clara la esperaban junto a la verja, sin hablar.

El hombre seguía dentro. Nuria podía verlo a través del cristal, detrás del mostrador vacío. Se inclinó hacia el lugar donde había estado el libro y pareció examinar una línea invisible en la pared.

La excavadora se puso en marcha. Entonces el desconocido dio un paso hacia la izquierda y empujó una puerta estrecha que Nuria nunca había visto. No estaba en los planos, ni en el tablero, ni en el muro que ella había limpiado durante siete años. Se abrió hacia fuera sin rozar los ladrillos.

El hombre salió a la calle al otro lado de la verja, abrochándose el abrigo. Antes de perderse entre los primeros autobuses, levantó una mano para despedirse.

Nuria miró el muro. Volvía a ser liso. Bajo su brazo, las tapas del registro se separaron apenas y un filo de cera blanca asomó entre las páginas.

No le había faltado una salida. Le había faltado un miedo más para llevarse.

Nuria no preguntó a nadie qué podía haber detrás de aquella puerta.